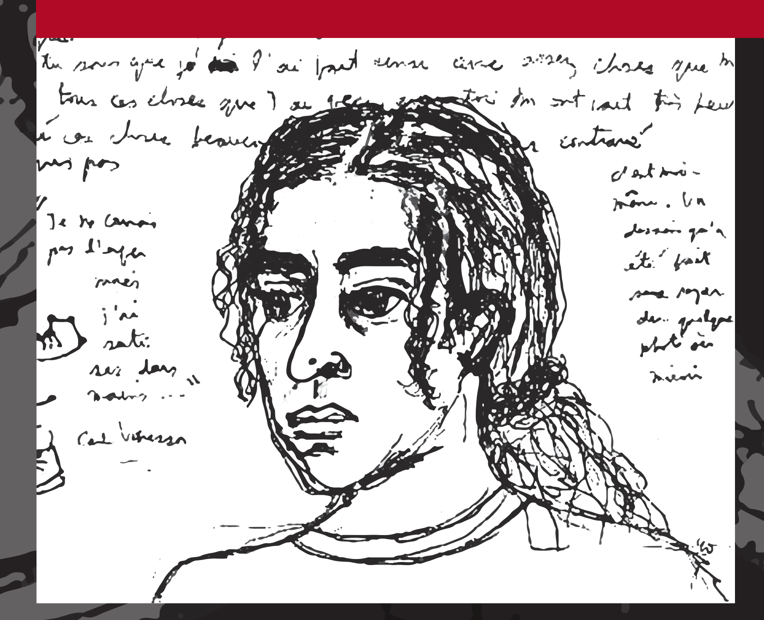


SUEÑOS DE CARLA



CARLA VANESSA

MMXX

Sueños de Carla

Carla Vanessa

Autor-Editor:
© Carla Vanessa Gonzales Márquez
Calle Joaquín Capelo 391, Miraflores
Lima - Perú
yo.carla@gmail.com

Primera edición
Lima, julio 2020

Impreso por demanda en
Aleph Soluciones Gráficas
Jr. Risso 580, Lince
Lima, Perú
Julio 2020

Gráficas de las páginas 13 y 53: Miguel Lescano
(tinta y collage sobre papel, 20 x 5 cm)

Ilustraciones en portada y páginas 32 y 33: Carla Vanessa

Diseño y digramación: Luis Renteros Luján / titorenteros@gmail.com

Prohibida la reproducción, total o parcial, del contenido de este libro o de sus características gráficas por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin permiso expreso de la autora.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: N.º 2020-02985
ISBN: 978-612-00-5127-6

Índice

Palabras liminares

En épocas remotas, desde Homero y los trágicos griegos, hasta Dante mismo, los poetas se formaban por milagro, tenían su propio taller en su cerebro y a veces, acaso, tenían algún amigo entendido que daba su opinión, antes de que sus palabras, independientes de su propio creador, circulasen por el mundo; pero todo cambió con la fundación de las universidades.

Los poetas mantuvieron su perfil de aedas, clérigos o goliardos, pero ahora también eran, además, universitarios: seres que leen libros, hablan de libros y escriben libros. La poesía, sin perder su aroma de oralidad, es escrita y se difunde a través de textos escritos. Otra nota particular, de estos tiempos, es la importancia de la mujer como escritora de versos y ficciones. Hubo, cierto, desde épocas antiguas, mujeres, como Safo, que cogieron la pluma y lo hicieron con elegancia y rigor. Recordamos, sin duda, a Teresa de Ávila, a Sor Juana Inés de la Cruz y a nuestra Amarilis indiana. Pero es en los siglos XIX y XX que las mujeres dejan oír su voz con fuerza y originalidad. Como se ha dicho otras veces, las musas bajan de su pedestal, cogen la pluma y no la dejan nunca más. La universidad, con su inmensa porosidad, propicia la creación literaria

en todos sus rincones. Médicos, físicos, abogados, individuos de todas las profesiones cultivan la poesía, la novela o la dramaturgia. Pero, por curioso que parezca, durante muchos años se pensó que la universidad estudiaba la literatura, pero no fomentaba a los escritores. En una ocasión, un profesor alemán me dijo: “Nosotros estudiamos a los escritores, pero no los dejamos entrar en la universidad”. Eso ha cambiado radicalmente y en muchos lugares se han creado maestrías en Escritura Creativa, desde la Universidad de Columbia hasta la Universidad de San Marcos. Tenemos, en San Marcos, el orgullo de ser los primeros en el Perú en haber creado esta maestría. En este contexto es que aparece este libro de Carla Vanessa, que es muy representativo del momento por el que pasa la poesía en el Perú.

Se trata de un libro de una mujer, en primer lugar, que sabe usar con solvencia los artificios literarios que dan una apariencia de naturalidad a lo que se escribe. Y el primero de esos artificios es el título del libro. Ese *Sueños de Carla* da, sin lugar a dudas, una pista sobre la que se pueden deslizar muchos incautos, pues tiene entraña biográfica. El primer indicio del libro es que podríamos incluirlo dentro de lo que se llama “las literaturas del yo”, como las cartas, los testimonios, las autobiografías, las confesiones. Pero el lector avezado que profundiza en las páginas del texto llega a conclusiones diametralmente opuestas. Este “yo” que aparece en los poemas es una construcción literaria, lejano a todo sentimentalismo, a los recitados de un paciente en una sesión de psicoanálisis, es duro, de acero, sin lágrimas. Domina sus sentimientos, los expone, si cabe, con meridiana claridad. En ese sentido, el poemario es una construcción, solo que trata de los seres humanos que sí tienen

sentimientos, que sufren, lloran y tienen esperanza. Personalmente, tengo mucho gusto en ser testigo, a lo largo de veinte años, de la maduración literaria de Carla Vanessa, en la Universidad de San Marcos y en los medios profesionales fuera de nuestra querida institución. Ella es una muestra palpable de cómo la universidad sí ayuda al perfeccionamiento de los escritores. Por eso mismo, la poeta ha ido con paso lento, no muestra al público sus primeros borradores, nos entrega una obra madura, lista para ser paladeada con fruición. Sus versos tienen potencia y nos dejan pensando, como ocurre con este fragmento que ofrecemos aquí:

Te crecen libros en el pelo,
de tus ojos páginas caen,
de tu boca la conjura de un poema
que nunca nació.

El muro no habla, se rasca:
el brazo, el pie,
el tumultuoso elemento que conspira
entre ladrillo y ladrillo.

No es asunto mío, no es mi materia,
pero allí van los niños, devueltos,
llorando para arriba,
a meterse de vuelta
en las vaginas que los parieron:
en tumultos pueblan
las avenidas largas y las calles,

cuyas señales se doblan ante las jaulas
que la tropa de guardia
exhibe una y otra vez camino a la batalla.

Y la mañana es blanca y blanca
y otra vez blanca.

Y metida de lleno en este problema de almohadas,
y sellada la espalda a la cama de piedra,
la cama de piedra a la tierra enferma,
la tierra enferma a las tumbas revueltas,
fabricas hombros para el condenado a andar
de espaldas a los dos polos,
para el enfermo feliz postrado en sus dos cabezas,
para la angina en su garganta de oro
peleándose contra los santos,
con el olor de tus apóstrofes
y tus diéresis,
postrada en tu silla, sin moverte.

Y yo sin sentencia revolcándome en esta paz de ventanas.

Marco Martos

Lima, 15 de octubre de 2019

y tú sueño, dame tu diamante implacable
tu tiempo de deshora

César Vallejo
Trilce
Poema XVI

Dreams where the umbrella is folded
Into the path you are hurled
And the cards are no good that you are holding
Unless they're from another world

Bob Dylan
"Series of Dreams"
(The Bootleg Series Vol. 3)

Miguel Lescano

Lima, 1963. Artista visual y poeta. Entre sus exposiciones individuales destacan: *Disonante* (galería del Instituto Cultural Peruano Norteamericano, 2018), *Máquina para producir dulces* (Instituto Cultural Peruano Norteamericano de Miraflores, 2015), *Lima Gótica I* (Galería De Santi de Buenos Aires, 2011), *Lima Gótica II* (Galería Delbarrio de Chorrillos, 2012) y *Lima Gótica III* (Galería del Boricua College en Nueva York). Es autor de los libros *Disonante, Texto & Arte* (2017), *La música dibuja el cielo* (2011), *Sonrisa Negra* (2002) y *Lima Sobre Lima* (1987). En la actualidad su obra forma parte de diversas colecciones internacionales y nacionales.





Sueños de Carla

I

En la hora en que aún no hay que arroparse,
ni decir las buenas noches,
la lucha del ojo es cruel:
remalazos de voces y memorias
los doblegan implacables,
y a la caída del telón
todo el mundo corre a esconderse.
En el fragor de las calles
y las plazas
hay murmullos,
y las plegarias
de padrenuestros
y de prestado
merodean,
con el beso en una mano
con el puñal en la otra.
Y no te das cuenta
de que a tu lado están sentados
dándote a beber la sed que nunca tuviste.

II

Sueño agitado, oscuro hablando con tus dos bocas:
no te sientes tan cerca de mí
que la lluvia agita cruelmente los solsticios de marzo,
no te acerques que en tu vientre
atisba un mar de torres y campanas.
Y el sol, ojo enorme y sangriento sentado entre dos olas,
arrebata mis últimos rayos sin piedad.
Y siendo mis besos aire ingrávido
y siendo mi abrazo sombra dibujada
y siendo mi ansia vuelo de pájaro
insuficientes fueron los versos
que llenaron cientos de hojas en blanco
leídas en pueblos a miles de kilómetros,
en cuyos tronos se sentaban
reyes ignotos;
insuficiente la desazón, la locura inmolándose
para que tú la redimas,
en un doloroso filo de peñascos y botellas.

Pero cada vez más cerca,
agitada entraña en una cárcel de huesos,
golpeas los barrotes como un mal incurable,
como un corazón cuyas manos han sido cortadas,
como una sábana revuelta por dos cuerpos convulsos
en un abrazo irrepetible
posándose en mi hombro,
como un dulce y tristísimo responso.

III

Te crecen libros en el pelo,
de tus ojos páginas caen,
de tu boca la conjura de un poema
que nunca nació.

El muro no habla, se rasca:
el brazo, el pie,
el tumultuoso elemento que conspira
entre ladrillo y ladrillo.

No es asunto mío, no es mi materia,
pero allí van los niños, devueltos,
llorando para arriba,
a meterse de vuelta
en las vaginas que los parieron:
en tumultos pueblan
las avenidas largas y las calles,
cuyas señales se doblan ante las jaulas
que la tropa de guardia
exhibe una y otra vez camino a la batalla.

Y la mañana es blanca y blanca
Y otra vez blanca.

Y metida de lleno en este problema de almohadas,
y sellada la espalda a la cama de piedra,
la cama de piedra a la tierra enferma,
la tierra enferma a las tumbas revueltas,
fabricas hombros para el condenado a andar
de espaldas a los dos polos,
para el enfermo feliz postrado en sus dos cabezas,
para la angina en su garganta de oro
peleándose contra los santos,
con el olor de tus apóstrofes
y tus diéresis,
postrada en tu silla, sin moverte.

Y yo sin sentencia revolcándome en esta paz de ventanas.

IV

Te busqué por entre todo lo que había
bajo los cielos de junio.
Tal vez estabas entre la arena escurriéndose siempre
entre mis dedos,
o en el punto exacto en que el agua y la tierra
se dicen sí,
tal vez esperando que una tristeza clara
viniera de ultramar a posarse en mi ala.
Pero todos me cerraban sus puertas
con candados de estrellas y de peces,
y el corazón que latiría en mis gerundios
ni bien dicho el sortilegio
era la descansada paz de una barca abandonada.
Te busqué entre las algas y las rocas,
en la erizada ola
cuya espuma era una botella descorchándose
en nuestro honor,
en esa herida riéndose una y otra vez,
mostrándome sus dientes,
babeando frente a un enorme círculo ardiente.

Oh cuánto ser y ya no ser allí mismo,
soledad de barcas como tumbas,
soledad de olas como puños en alto,
acometiendo el hambre del que sueña sin límites,
recostándose,
clavando las pupilas en donde nada se sienta mal
en mi carne laxa y vencida.
Página, verso que ya no se entiende,
cinco de infarto,
espada de cartón,
reina de sangre falsa que no da la suerte,
espejo enorme, esquivo,
empeñado en no reflejarme:
tan solo bastidor de aletas
y de aguas.

V

Veo girar el mundo como una bala sin rumbo,
dormida de espaldas a la luna
la arena toma la forma del aire.
De nada sirve beberse lo que ya se ha derramado
porque la piedra no quiere ser montaña
y el ladrillo se ha rebelado contra el muro.
Una maraña de arterias se enreda entre cables y ojos como pantallas.
Quiero una cama blanda,
un silencio de ataúd con dos puertas por si revivo,
un túnel clandestino por donde ir pasando mis venas
y mis glándulas,
escapar, escapar de la rueda que aplasta el diente contra el diente,
para regalarte un racimo de brazos y tripas
como prueba de mi amor.
Nadar, nadar dando brazadas de gigante,
entre guitarras y peces de bocas como inodoros,
y tocarle la espalda al agua en esas tierras
donde se muere más temprano.
Lenguas calientes que violan la paz de la estrella:
quisiera arder en el brasero sin enredar el pie
en este cordón de púas y lentejuelas
en cuyos pliegues se revuelve el pensamiento
en un silencio sordo de números
y teclas.

VI

El lienzo de muro está enfrente, para conjurar el círculo de tu sueño.
Saint-John Perse

El altar que me erigiste
antes santuario infinito
es una boca llena de arañas.
Y aquí
ante las ventanas y las puertas
que dices que rompí,
ante los cuerpos y las almas
que dices que arrojé,
de rodillas ante esa enorme piedra blanca
que cuelga en el cielo,
esquivo la mano de la sombra
con palabras lentas, enfermas,
llenas de polvo.
El vestido que me orlaban tus romanzas
es una túnica oscura e incansable
llena de huecos,
y una lluvia intensa borra mi nombre
de los muros que levantaste
para que su música no se escapara jamás.

Guitarras no manos que pudiesen tocarme
guitarras con mis dedos como cuerdas,
verso tensado, lamento
de lo que no se tiene:
arrojada estoy también
junto a ese cuerpo inerte
que dice araña, gusano,
arrojada bajo esta lluvia
que corta como lanza mis dos almas
silbando en un éxtasis de armónicas
acaso páginas.

VII

La oscuridad se apodera lentamente
de todas las cosas,
y no me he movido de este lugar aún.
No duermo,
pero es la hora de sus brazos helados,
sus poros, sus ojos de sol eclipsado,
como sepulcro ante el conjuro
del Mago,
en cuyo umbral yace una túnica como un pez.
Negada es la muerte para el que vive siete veces,
pero setenta veces borrado el adjetivo,
las comillas de alguna frase inmemorial,
entre los labios de quien ama sin serlo,
algún efecto hará el veneno
en el último tren de medianoche.
Converso con Lázaro bajo las ruedas de un auto,
confuso como un libro difícil
me habla de una visión de cordones
enredados en incontables nudos.
Sucio, harapiento en un charco maloliente,
despertó de su muerte entre vendas, ungüentos
y un calor terrible que quemaba hasta al mismo
infierno.

Y en esta otra luz fracasada en que los ojos no encuentran
la llave,
sino la sábana que ansiosa toma la forma
del muerto,
y en esta otra muerte, decía,
bajo las patas de un enorme insecto cuyos pies ya no ruedan,
inmersos en una batalla de rocas y de estrellas
que samaquea la tierra y la hace pedazos,
solo es posible entender el crepitar de las trompetas
destruyendo las últimas murallas,
las hiedras.

Sueño de Lázaro

La luz es una risa lustrosa y falsa
que golpea mi casa de cortinas
y de mantas enormes en que mi cuerpo
toma la forma que tú quieras:
la de un ángel,
un alero y su cabestrillo
en el que un dios se puede sentar,
una cajita para guardar tus sueños.
Pero la luz es una piedra gigante y despiadada
que se mete en mi cuarto,
arroja sus pliegues,
incendia sus ángulos agudos,
golpeando mi cara.
Quiero ser agua entre las nubes,
quiero ser sombra entre las ramas,
no quiero tus dientes ni tus perlas,
ni la alegría de los que se creen vivientes
y me abrazan.
Échame de esta torre en que fue asesinado
el último príncipe,
échame sortilegio que me arropas
entre la tierra y el cielo,
Di recuéstate, Lázaro,
No te levantes.

Lázaro medita confuso acerca de su sueño

Yo sé que no estoy muerto,
pero mi cama es una caja
con cortinas de encajes y plegarias.
Yo sé que no estoy muerto,
pero no miente el ojo que cierra
cansado su última ventana,
pero no aúllan en vano los perros en la noche,
pero no se estrella en vano la mosca
en las paredes.
Se fueron las voces
que tenían respuesta para todo,
las épocas fáciles de panes
y de peces que cantaban,
y el tiempo
pasa inclemente
entre la mañana y la noche
marchitando las hojas,
secando los mares,
cerrando lentamente
la caja,
con su cerrojo bellamente labrado.

X

Atado de manos y pies a una bola de hierro
estrellado el cráneo al pensamiento del muro
una y mil veces para el deleite de mis captores,
yo, hijo y nieto de los dioses
que hundieron sus cetros en las más altas montañas
para dominar al mundo,
yo,
no claudico ni por veinte millones de amenazas
en este calabozo donde espero mi sentencia.
Solo me dejo dominar por algo
que no se mide en leguas
ni se compra con denarios.
Abajo, abajo a donde va a parar el pie quebrado
de mis venas, los huesos de los que forjaron
sonrisas por cientos de años me están llamando
y arriba, un cielo me ordena recostarme
en una cama gigante cuyos cuatro rincones
están pidiendo mis manos y mis pies.
No tengo miedo porque no hay que temer dormir
de cara al sol.
Creo en la idea que forjé,
y que voluntariamente escribí
con mi propia sangre,




NEV

y que fue vendida por mi celador
a cuatro centavos la página.
Ahora mi pena será mayor, ya los oigo,
arrastran las cadenas y maldicen sin descanso,
ya los oigo venir, mas no les temo
aquí los esperamos los cuatro
mi eco
mi sombra
mis sueños
y yo.

Cusco, 16 de mayo
Año del Señor de 1781

XI

En vano me restrego los ojos, en vano se esconde la risa tras la nuca, tras la axila, tras la pierna; nada se le escapa al dolor del estante en que a dentelladas los libros se arrancan las páginas.

En mi mente anida una piara de cerdos que se arrojan todos los días al abismo, para volver a aparecer de nuevo, en la carretera 61, donde Lázaro le busca el zapato a su madre (o la madre le busca un lázaro al zapato).

Por eso, arrojado sea el botón ante el pecho, arrojada sea la frase a la mordida, porque yo quise ser ese hombre barbudo ante quien millones de seres se encomiendan antes de dormir, yo quise tocar su mejilla espolvoreada por miles de promesas baratas, al menos ser una ladilla en su bigote. Galilea, Samaria y sus caminos tostados por el sol, no me miren que sus palabras son cuchillos que dejan caer el telón antes de tiempo. No me mires que no te miro sin moverte contemplando cómo tus hijos están fabricando tu tumba en tu propio jardín.

Por eso, atrapado sea el ladrón que huyó con uno de mis cerdos para fabricar embutidos en Prusia; por eso, calladas sean las canciones de cuna; por eso, ahogadas sean las camas en que flotamos tú y yo una vez, en un tiempo sin espacio para creer, solo para lamentarnos.

Y cuando se llene de agua tu cuerpo de botella y cuando tu rosa se doble ante una espina demente y cuando las moscas zumben felices sobre tu cara, vendrá un fragor de cuervos y serpientes a repartirse tu alma de cartón en una nube de lámparas, mis ojos.

XII

Entre los senos y las piernas
hay un lugar
donde los monjes se esconden e imaginan,
y donde se está permitido levantarle el pelo
a las bóvedas.
Borrados los carteles,
echados abajo los candados,
cortada la alambrada,
el ave de fuego revienta contra la ola
y el vapor empaña el paso
entre la lluvia
y el crepitar de las campanas.
Y largo es el abrazo,
el compromiso de la mano arrimando la blusa,
y largo es el lamento del nervio,
y largo el intruso que altera la paz del cinturón.
Y socavado el temblor en la séptima esquina,
arrimada la lengua al subjuntivo,
más arriba se ve el tranquilo discurrir de los vientos
empujando las nubes hacia el sur.

Oda

Roja espada,
roja huella,
roja sed de la carne,
rojo el abrazo, el golpe,
la entrada que se abre y se cierra
en un ritual de siglos.
Palpitas en un control descontrolado
de hilos y cables
por donde quedas pasan
las memorias.
Rojo se inclina el sauce ante el río,
rojo gravita el río bajo los puentes,
y roja es la encrucijada que espero hallar
para vivir en un silencio rojo
de poemas y canciones,
cuya sangre será tu sangre
gravitando en un torrente
de aguas
y de pájaros.

Sueño de quien esto escribe

Lagañas como cemento que no me deja ver,
lagañas en estas plazas sin entrada y sin salida,
hay lagañas en esta ciudad grande y terrible,
otrora tierra de bocas estrenando su brillo sin devastar.
Lázaro fue por su armónica
a la carretera 61
y yo aquí con la mirada encerrada
esperando noticias sobre violines eléctricos
y naranjas mecánicas de engranajes
como dentelladas de ninfómana.
Es mi cuarta oración
en esta tierra confusa.
Sin nada que quitar o que entregar
para salvarme,
es tan fácil abrir los ojos para no cerrarlos
cuando el adiós es el llanto de un dios
en el que nadie cree,
una lluvia que cae sobre ángulos donde
pesado para la séptima ruina y el grito
en vano intentas huir
allí perdido, encontrado,
solísimo
traspasado por un dolor sin fronteras,
como un niño orinándose ante el chirrido del látigo.

Qué triste es andar un camino del que no sabes
dónde termina y dónde comienza,
qué triste es morir más de una vez.
Oh Señor,
bendíceme porque no sé en qué lado estoy.

Quien esto escribe medita confuso acerca de su sueño

Oh Señor,
bendíceme porque no he muerto.

XVI

Hubo un día en una vida que me dieron,
uno que duró tres meses
y que revolvió mi cuerpo en un espasmo
de gritos y silencios,
el más hermoso e inclemente que penetró mis córneas
hasta rebalsar las aguas de un yelmo infinito,
y enajenarme las tripas en una congoja de labios como rifles.
Oh poema contado por todos los sabios
cuyas palabras giran sin control sobre mi frente,
la pluma se arrastró hasta el otro polo
mientras los perros se comían mis carnes aquí.
Por eso, mi testamento son cuatro versos mal hechos
en una botella flotando en el drenaje;
pero todavía en las paredes quedan los pronombres,
y en las hendiduras donde pasea la ceguera
aún se esconde un retrato tuyo.
Huye, destrucción, huye, penuria
que yo seguiré diciendo abril.
Abril, agónico abril: he besado a otro,
ahogando un amor enterrado entre dos aguas,
ahogando un viejo mohín, una diatriba galante,
en una nube de polvo y orillas que no se alcanzan.

Soñar no cuesta nada dicen las gentes,
pero qué largo es el penar del cuello ante la horca,
pero qué larga es la vena ante la aguja.
Por eso seguiré hablando
en un abril que no se llama carlos ni pedro,
hablaré de este orificio profundo como ojo que no ve
pero que mira
y que me aprisiona peligrosamente la bufanda al cuello.
Atascados están los dedos entre cabellos y esferas
como tumores.

Je ne connais pas l’enfer

Je ne connais pas l’enfer
mais j’ai senti ses mains dures
mais j’ai penetré ses humides chairs
parce qu’on ne peut aimer devant une fleur à genoux
je ne connais pas l’enfer.

Les feux ne me brulent plus
mais j’ai monté leurs crétes dures
mais j’ai touché leur ventre bleu
que m’a laissié une rumeur de charbons comme des lévres
je ne connais pas l’enfer.

Mais assise la tour
doublé le cheval
couché l’evéque
mort le soldat en une soif mortelle de cases…

Je n’ai plus de feu pour redevenir ventre
je n’ai plus de fleur pour me sentir chair
je n’ai plus de jambe pour monter la créte…

Je ne connais plus l’enfer.

Yo no conozco el infierno*

Yo no conozco el infierno
mas he sentido sus duras manos
mas he penetrado sus húmedas carnes
porque no se puede amar ante una flor de rodillas
yo no conozco el infierno.

Ya no me queman los fuegos
mas he subido sus duras crestas
mas he tocado su vientre azul
que me ha dejado un rumor de carbones como labios
yo no conozco el infierno.

Pero sentada la torre
doblado el caballo
echado el obispo
muerto el soldado en una sed mortal de escaques...

Ya no me queda fuego para volverme vientre
ya no me queda flor para sentirme carne
ya no me queda pierna para subir la cresta...

Ya no conozco el infierno.

* Traducción

Sueño atribuido a quien esto escribe pero que nunca se confirmó como cierto

Estaba una mañana, digo una mañana (o tal vez era una tarde que parecía mañana) en mi cama, de cara a la pared donde he puesto todo lo que no soy, y entonces vi una puerta cuyos ojos no dejaban de mirarme. En ese punto no sé qué clase de sueño tuve. Ese en que no requerimos dormirnos y en el que podemos engañarnos a nosotros mismos siendo y estando en lugares remotísimos que tal vez nunca veremos o este otro en el que te amarran a una silla obligándote a presenciar la muerte de tus hijos en la plaza mayor de una ciudad que no habías visto en años. Yo sostenía un animal en mis brazos, uno que cayó de un torbellino de catres que salieron volando para repoblar el lado oscuro del sol. Debía ingresar a un gigantesco templo que estaba frente a mí para que mis cuerdas pudieran recitar las palabras mágicas que penetran otras memorias y debo salvar a este animal enfermo que se muere de frío y tiembla. Entonces una voz aparece y dice: “Escucha lo que oyes y escríbelo porque son mis palabras las que lo abrirán todo”. Y yo pensé: “La grandeza de dios es tan hermosa que no quiero despertar, perrito, perrito bulldog ya no tiembles que nos quedaremos aquí para escucharlo”.

Entonces las enormes aldabas empezaron a temblar y una lluvia de muñecos comenzó a caer del cielo, muñecos de trapo del tamaño de mis manos.

"El que hable abrirá los candados, será mi voz la que hable a través de él". Dejé al perro dentro de una carpa de circo y recogí los muñecos. Tenían letras en el pecho pero eran mudos. Caían, rebotaban en el suelo y reventaban como terrones de lodo sobre un ataúd. Recogía y recogía y los volvía a arrojar pues no me servían y las aldabas se reían de mí, las aldabas y las cerraduras, las paredes y los arbustos que pasaban empujados por el viento y la lluvia y hasta los mismos muñecos, todos se reían de mí antes de romperse.

Y el payaso se burlaba en el circo haciendo llorar al perro, le quitaba su cobertor y se lo ponía imitando al cardenal. "Concordia, concordia, hermanos, hagamos una zona rosa para todos los que vendemos nuestros hemocritos por una nueva Jerusalén, más justa, más democrática". Y se burlaba sin cesar ante su público, un montón de esqueletos de peces y de humanos: "No a la violencia, yo el cardenal Tribiani, yo los bendigo" luego se comía el candelabro sagrado y hacía aros de fuego enormes en el aire.

Y entonces me puse a llorar y a arrancarles las piernas a los muñecos y grité que no era justo, que necesitaba un ayudante. Y la voz dejó caer una escalera y bajó Alvargonzáles con su pala a abrir los surcos que se estaban llenando de agua, pero ni bien me acerqué, me esquivó arrojando un libro a mis pies. Lo recogí. Decía: "Padre padre padre padre".

Me desperté.
Aún era de mañana y tenía el rostro lleno de lágrimas.

XIX

Abrí los ojos y nací en una mañana
triste y apagada que me dolía.
No sé cuándo había terminado el fin del mundo
pero desperté y deseé todas las cosas
que antes me hicieron sudar
y agitar las escamas hasta fallecer de alegría.
La tierra estaba humeante
y su bruma era con la neblina
un inmenso mantel blanco y húmedo
(una sábana muerta).
Caminé y caminé,
perdí la cabeza,
y la encontré después como una hojita dentro de un libro,
y vi que sudaban las líneas de la espalda
cuando se tensaban las vértebras.

Más allá, el hombre viejo se para con el invierno
envuelto al cuello
(un zapato parece una boca con hambre)
y pone el cigarro encendido en unos labios
que no ha visto jamás.

Y más allá entre las ruinas,
inclinado el hombro como por un peso, vi la misa
y el padre estaba,
su voz se enredaba en el atril como una hiedra
y deslizándome cual oscuro penitente entre
las flores y las velas,
no veía a la gente de rostros entornados por chispas de luz.
Y la sangre del cordero bajaba lenta
a envolverse entre las sombras y las bancas.

XX

Escrito está tu destino
serás,
será,
seremos
mientras sea.
Dicho esto, el Reino
del Pan de Azúcar abrió sus enormes puertas
y la espiga desapareció para siempre
sin dejar rastro.

XXI

Escoges el papel más límpido,
el más fino lapicero,
y me escribes una carta tan elegante,
tan amable,
y cual frutero trepas al árbol
y escoges las más bellas palabras,
los adjetivos más precisos,
las más espléndidas citas,
para quedar bien,
para cerrar delicadamente el libro
que no se abrirá jamás.
Afuera ves la tarde brillar
y no sabes por qué te mira pálida y con aire de tristeza;
y allá la mañana en la otra orilla,
allá la mañana
y la agónica estrella atando jamases
entre la frente y la espalda de alguien
que solo sabe soñar.
(Una sonata de fuego comienza a posarse en mis incendios).

Epílogo

Despiertas
no has podido morir muy bien.

arte arte arte arte arte arte arte arte arte arte arte arte arte arte
te arte arte arte rte arte arte arte arte arte arte arte arte a
e arte arte arte arte arte arte arte arte arte ar
arte arte arte art arte arte arte rte arte arte arte
te arte arte arte te arte arte arte arte arte arte a
e arte arte arte e arte arte arte arte arte arte ar
arte arte arte arte arte arte rte arte arte arte
te arte arte arte arte arte arte arte arte a
arte arte arte arte rte arte arte arte
e arte arte e arte arte arte arte arte ar
te arte te arte arte arte arte arte a
arte arte rte arte arte arte arte arte arte arte
e arte arte arte arte arte arte arte ar
te arte arte arte arte arte arte arte a
arte arte te arte arte arte arte arte arte arte
arte arte rte arte arte arte arte arte
te arte ar e arte arte arte arte rte arte arte a
e arte art arte arte arte arte arte arte ar
arte arte rte arte arte arte arte arte
te arte ar arte arte arte
e arte art arte arte ar
arte arte rte arte arte arte
te arte ar e arte arte arte a
arte arte rte arte arte arte arte
e arte art arte arte arte arte ar
arte arte rte arte arte arte arte arte
te arte ar e arte arte arte arte arte a
arte arte rte arte arte arte arte arte arte
e arte art arte arte arte arte arte arte arte ar
arte arte rte arte arte arte arte arte arte
te arte ar arte arte arte arte arte arte arte a
arte arte ar rte arte arte arte arte arte arte arte
e arte arte te arte arte arte arte arte arte ar

Impreso por demanda en
Aleph Soluciones Gráficas
Jr. Risso 580, Lince
Lima, Perú

No duermas aún. Es difícil mirar. Dicción coloquial con ribetes expresionistas. Eros. *Death*. La poeta se dirige al sueño. El sol es una especie de Dios. La poesía es insuficiente. Nunca estamos satisfechos. Aparentemente, por su título, este libro estaría basado en el mundo onírico —y quizá lo está— pero más que todo nos habla de un *Nonato*, urbano, con una tristeza que viene de lejos, pleno de magia conceptual, poblado de extrañas imágenes en las cuales las cosas están humanizadas & se mezclan con la Realidad. El cuerpo y el estilo, definiéndose así: *verso tensado, lamento/ de lo que no se tiene*. Cae la noche. Insomnio. Hay una narrativa. Kafka. Son siete poemas los primeros sueños. 7, número cabalístico, número de Cristo. Y ahora *Lázaro*. La luz contra la metáfora clásica, los cuentos de Hadas. Al revés: le da la vuelta al mito bíblico. Lo cotidiano adquiere nueva dimensión —Aura— la duda del resucitado. Manco Cápac. Túpac Amaru. Sutil sensualidad. Ultraísmo & oxímoron. Grande incertidumbre. Real-visceralismo. El lenguaje experimenta su Carla Karma. También en francés. No sé qué clase de sueño tuve & con Alvargonzález. Después del fin del mundo. Fuego sobre fuego consumido. *Despiertas/ No has podido morir muy bien*, nos dice Carla Vanessa en el último verso de su magnífico, rotundo y originalísimo libro; aunque el destino es inexorable, sus lectores nos merecemos ese hermoso viejo mohín, una diatriba galante. He aquí su talento.

roger santiváñez
[Orillas del río Cooper, 30 de setiembre de 2019]


ISBN: 978-612-00-5127-6
9 786120 051276